



¿ES ESO TODO?

Por Daniel Madrazo
Presidente del L.A.D.U.

Rodeado de altas montañas entre Suiza y Francia, se encuentra el pintoresco Lago de Ginebra, el más grande de los lagos de Europa Central. Desde sus playas observamos muchos edificios y pueblos de renombre histórico.

En el año 1900, en una casa cerca del mismo Lago de Ginebra, una señora muy rica estaba convaleciente, próxima a morir. Sus riquezas no le daban en esos momentos ningún consuelo. Presa de grandes dolencias y del temor a la muerte, había buscado consuelo en la religión. A pesar de las palabras que escuchaba seguía sintiendo el peso de la culpa y se sentía desesperanzada y abrumada con pensamientos negativos. De pronto, se acordó de Juana, una joven vecina. Siempre le había llamado la atención la alegría y la tranquilidad que reflejaba, a pesar de la pobreza y problemas de salud que enfrentaba a diario.

Una tarde Juana se llevó una gran sorpresa cuando le comunicaron que la señora pedía que la visitase. La joven no entendía cuál sería el motivo por el cual una señora tan acomodada necesitaba la presencia de una persona de tan escasos recursos materiales. La acompañaron hasta la casa y la dirigieron hacia el dormitorio donde se encontraba postrada.

El dormitorio estaba muy concurrido. Vio muchas enfermeras y familiares que la asistían y acompañaban, Juana se acercó a la señora y le dijo suavemente; -Señora, veo que muchas personas se preocupan por su cuerpo, pero, ¿no hay nadie que cuide de su alma?-

-Nadie, Juana- contestó la señora y por eso he mandado a llamarte. Te he visto siempre feliz y sé que tú hablas mucho de Jesucristo como ese amigo que te acompaña en el camino de tu vida. Yo quisiera, antes de morir, tener lo mismo que tú, eso que no se puede adquirir por precio alguno, que ni todos mis bienes

pueden comprarlo.

-Así es- respondió Juana- La Biblia dice: "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo".

-Yo eso lo sé, pero ¿qué más necesito?

-Tú puedes creer que Dios existe, que él tiene poder, pero creer para ser salvo implica hacerlo personal, crear una relación y estrechar un vínculo con Jesucristo. Es creer en su sacrificio, recibir su perdón, aceptarlo en tu corazón y permitir que él haga cosas maravillosas en ti, que te brinde su paz y disfrutes de su compañía.

Con admiración y sorpresa la moribunda exclamó: -¿ES ESO TODO?- Entonces, ¡sí creo y pido a Jesús que me perdone y lo recibo como mi Salvador y mi Señor!

Las siguientes horas de la noche transcurrieron y la señora sintió una paz que nunca antes había experimentado, feliz de haberse encontrado con Jesucristo, aunque sea, al final de su camino. Llamó a sus familiares más cercanos y les dijo: -Tengo al Señor Jesús a mi favor y no necesito más. Encontré la paz verdadera y me siento libre de toda esa culpa que me persiguió durante tantos años. Tanto tiempo me afané por ser rica, por mantener mi posición acomodada y lo logré, pero eso no me hizo una mujer feliz. Ahora sé que pobre es aquel que vive sin Cristo y solo es rico aquel en cuyo corazón él habita.-

La mañana siguiente la señora no despertó, ya había llegado al fin de su vida, pero había llegado preparada para esa hora. No sabemos cuándo nos tocará a nosotros enfrentar la muerte, lo importante es que cuando nos llegue nos encuentre preparados.

Visite nuestro sitio

<http://www.lasasambleasdedios.org>